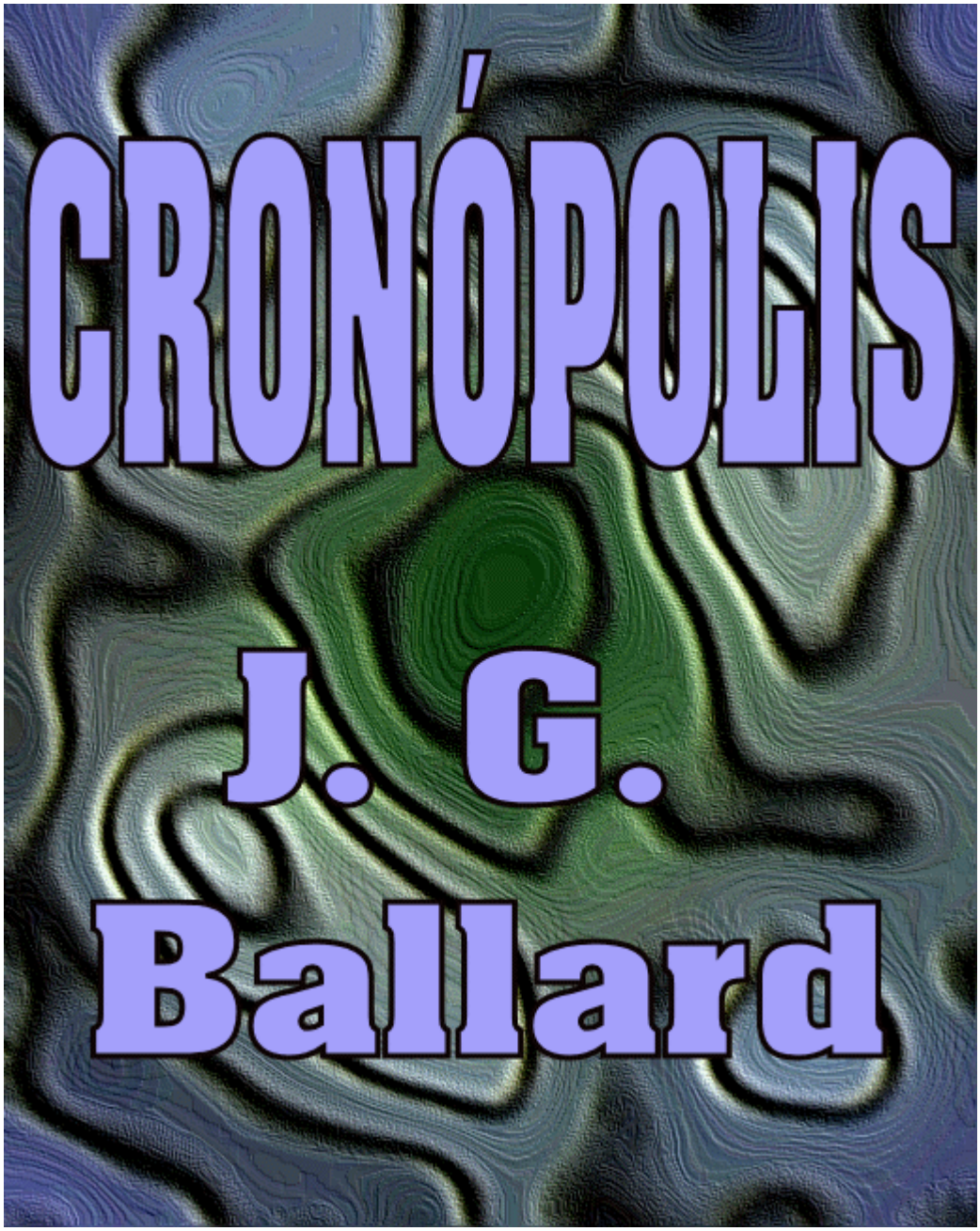
Cronópolis
J. G. Ballard



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

LE HABÍAN APLAZADO el proceso para el día siguiente. El momento exacto, como es natural, no lo conocía ni él ni nadie. Probablemente sería en la tarde, cuando las partes interesadas juez, jurado y fiscal- lograsen converger en la misma sala de tribunal a la misma hora. Con suerte el abogado defensor podía aparecer también en el momento debido, aunque el caso había sido tan claro que Newman casi no esperaba que se molestase; además, el transporte hasta y desde el viejo penal era notoriamente difícil; implicaba una espera interminable en el sucio paradero al pie de los muros de la prisión.

Newman había pasado el tiempo provechosamente. Por fortuna la celda miraba hacia el sur, y el sol entraba en ella la mayor parte del día. Dividió el arco en diez segmentos iguales, las horas verdaderas de luz natural, marcando los intervalos con un trozo de cemento arrancado de! alféizar, y subdividió cada segmento en doce unidades más pequeñas.

Había obtenido así un eficaz medidor de tiempo, exacto casi hasta el minuto (la subdivisión final en quintos la hacía mentalmente). La hilera curva de muescas blancas que bajaba por una pared, atravesaba el suelo y la armadura metálica de la cama y subía por la otra pared, habría sido evidente para cualquiera que se hubiese puesto de espaldas a la ventana, pero nadie hacía eso nunca. De cualquier modo los guardias eran demasiado estúpidos para entender, y el reloj de sol le había dado a Newman una ventaja enorme. La mayor parte del tiempo, cuando no estaba regulando el reloj, Newman se apretaba contra la reja, y vigilaba el cuarto de guardia.

-¡Brocken!-gritaba a las siete y cuarto, cuando la línea de sombra tocaba el primer intervalo-. ¡Inspección matutina! ¡Arriba, hombre!

El sargento salía de la litera tropezando y sudando, maldiciendo a los otros guardias mientras la campanilla hendía el aire.

Luego Newman anunciaba las otras obligaciones de la orden del día: hora de pasar lista, limpieza de las celdas, desayuno, gimnasia, y así sucesivamente hasta la lista vespertina, poco antes del anochecer. Brocken ganaba regularmente el premio del bloque por el pabellón de celdas mejor dirigido, y confiaba en Newman para programar la jornada, anticipar el asunto siguiente en la orden dei día, y saber si algo se había alargado demasiado; en algunos de los otros bloques la limpieza duraba por lo general tres minutos mientras que el desayuno o el ejercicio podían seguir durante horas, pues ninguno de los guardias sabía cuándo parar, y los prisioneros insistían en que apenas habían empezado.

Brocken nunca preguntaba cómo hacía Newman para organizar todo con tanta exactitud; una o dos veces a la semana, cuando llovía o estaba nublado, Newman se refugiaba en un extraño silencio, y la confusión resultante le recordaba enérgicamente al sargento las ventajas de la cooperación. Newman gozaba de algunos privilegios en la celda y recibía todos los cigarrillos que necesitaba. Era una lástima, pensaba Brocken, que finalmente hubiesen fijado fecha para el proceso.

También Newman lo lamentaba. Las investigaciones que había llevado a cabo hasta el momento no habían sido del todo concluyentes. El problema principal consistía en que si le daban una celda que mirase al norte la tarea de calcular el tiempo podía volverse imposible.

La inclinación de las sombras en los patios de gimnasia o en las torres y los muros sólo permitía deducciones muy imprecisas. La calibración tendría que hacerla a ojo; un instrumento óptico sería descubierto muy pronto.

Lo que necesitaba era un medidor de tiempo interno, un mecanismo psíquico que funcionase inconscientemente y estuviese regulado por el pulso, digamos, o el ritmo respiratorio- Newman había tratado de disciplinar su sentido del tiempo, cumpliendo una elaborada serie de pruebas para calcular el margen mínimo de error, que siempre era demasiado grande. Las posibilidades de condicionar un reflejo preciso parecían escasas.

Sin embargo, sabía que se volvería loco a menos que pudiese conocer la hora exacta en cualquier momento dado.

La obsesión, que lo enfrentaba ahora con una acusación de homicidio, se había manifestado de un modo bastante inocente.

De niño, como todos los niños, había advertido esas ocasionales y antiguas torres de reloj, donde siempre había un mismo círculo blanco con doce intervalos. En las zonas más deterioradas de la ciudad las características figuras redondas, arruinadas y cubiertas de herrumbre, colgaban a menudo sobre joyerías baratas.

-Son señales, nada más-le explicaba la madre-. No significan nada, como las estrellas o los anillos.

Adornos sin sentido, había pensado él.

Una vez, en una vieja mueblería, habían visto un reloj de manecillas volcado en una caja colmada de atizadores para el fuego y desperdicios diversos.

-Once y doce -había indicado él-. ¿Qué significa?

La madre lo había sacado de allí apresuradamente, prometiéndose no visitar esa calle nunca más. Se suponía que la Policía del Tiempo vigilaba aún, buscando posibles contravenciones.

-Nada -le había dicho la madre-. Todo ha terminado.

Para sus adentros ella había añadido como probando las palabras: Cinco y doce. Doce menos cinco. Sí.

El tiempo se desplegaba como habitualmente, un movimiento confuso y perezoso. Vivían en una casa destartalada, en una imprecisa zona suburbana de atardeceres perpetuos.

A veces iba a la escuela, y hasta los diez años se había pasado la mayor parte del tiempo con la madre haciendo cola a la puerta de los cerrados almacenes de comestibles. Por las tardes jugaba con la pandilla del barrio alrededor de la estación de ferrocarril abandonada, empujando un vagón de fabricación casera por las vías cubiertas de malezas, o entrando en una de las casas desocupadas y estableciendo allí un puesto de mando temporal.

No tenía prisa por crecer; en el mundo adulto no había ni sincronicidad ni ambición. Después de la muerte de la madre pasó largos días en el desván, revolviendo los baúles de viejas ropas, jugando con el revoltijo de sombreros y abalorios, tratando de rescatar algo de la personalidad de ella.

En el alhajero, en el compartimiento del fondo, encontró un objeto pequeño y chato, de caja dorada, equipado con una correa para la muñeca. La esfera no tenía manecillas pero el círculo con los doce números lo intrigó, y se abrochó el objeto a la muñeca.

Cuando el padre lo vio aquella noche, se atragantó con la sopa.

- ¡Conrad, Dios mío! ¿Dónde lo encontraste?

-En la caja de abalorios de mamá. ¿Puedo quedármelo?

-No. Conrad, ¡dámelo! Lo siento, hijo. -Pensativo:- Veamos, tienes catorce años. Escucha, Conrad, en un par de años te lo explicaré todo.

Este nuevo tabú dio mayor impulso a la curiosidad de Conrad y no hubo necesidad de esperar las revelaciones del padre. El conocimiento completo llegó muy pronto. Los muchachos mayores conocían toda la historia, pero extrañamente era una historia decepcionante, aburrida.

-¿Eso es todo?-repetía Conrad-. No entiendo. ¿Por qué tanta preocupación por los relojes? ¿No tenemos acaso calendarios?

Sospechando que había algo más, Conrad recorría las calles, inspeccionando los relojes abandonados, en busca de una pista que lo llevase al verdadero secreto. La mayoría de las esferas habían sido mutiladas, y les habían arrancado las manecillas, los numerales, y el círculo de diminutos intervalos: sólo quedaba una sombra tenue de herrumbre. Distribuidos aparentemente al azar por toda la ciudad, sobre tiendas, bancos y edificios públicos, era difícil descubrir el verdadero propósito de estos mecanismos. Había una cosa clara: medían el paso del tiempo a través de doce intervalos arbitrarios; pero ese no parecía motivo suficiente para que hubiesen sido proscritos. Al fin y al cabo había en uso general una gran variedad de marcadores de tiempo: en cocinas, fábricas, hospitales, en los sitios donde había necesidad de medir un período determinado. El padre tenía uno junto a la cama. Encerrado en la cajita negra característica, y movido por unas pilas en miniatura, emitía un silbido agudo y penetrante poco antes del desayuno, y lo despertaba a uno si se había quedado dormido. Un

reloj no era más que un marcador de tiempo graduado, en muchos sentidos menos útil, que ofrecía una corriente constante de información inoportuna. ¿Para qué servía que fuesen las tres y media, según el viejo cómputo, si uno no planeaba empezar o terminar nada a esa hora?

Haciendo que las preguntas pareciesen de veras ingenuas, Conrad llevó a cabo una encuesta larga y cuidadosa. Nadie por debajo de los cincuenta parecía saber algo de las circunstancias históricas, y hasta los más viejos comenzaban a olvidar. Conrad advirtió además que cuanto menos educadas más dispuestas a hablar estaban las gentes, lo que indicaba que los trabajadores manuales y de las clases más humildes no habían participado en 1a revolución, y por lo tanto no tenían que reprimir recuerdos cargados de culpa. El anciano señor Crichton, el plomero que vivía en las habitaciones del sótano, hablaba de cosas pasadas sin necesidad de que lo presionaran, pero nada de lo que él decía arrojaba luz sobre el problema.

-Sí, en esa época había miles, millones, todo el mundo tenía uno. Relojes, los llamábamos, los atábamos a la muñeca, y había que darles cuerda todos los días.

-Pero ¿qué hacían con ellos, señor Crichton?-insistía Conrad.

-Bueno, uno... uno los miraba y sabía qué hora era. La una, o las dos, o las siete y media. A esa hora yo salía a trabajar.

-Pero ahora la gente sale a trabajar luego del desayuno. Y si es tarde, suena el contador de tiempo.

Crichton meneó la cabeza.

-No te lo puedo explicar, muchacho. Pregúntaselo a tu padre.

Pero el señor Newman no lo ayudó mucho más. La explicación prometida para el decimosexto cumpleaños de Conrad no llegó nunca. Conrad insistía, y el señor Newman, cansado de evasivas, lo hizo callar con un exabrupto:

-Deja de pensar en eso, ¿entiendes? Te meterás y nos meterás a todos en un montón de dificultades.

Stacey, el joven profesor de inglés, tenía un retorcido sentido del humor; le gustaba escandalizar a los muchachos tomando posiciones no ortodoxas acerca del matrimonio o la economía. Conrad escribió un ensayo descubriendo una sociedad imaginaria totalmente preocupada por elaborados rituales que tenían como tema principal la observancia minuciosa del paso del tiempo.

Stacey, sin embargo, se negó a entrar en el juego; calificó el ensayo con un poco comprometido suficiente, y luego de la clase le preguntó a Conrad en un tono tranquilo qué lo había impulsado a escribir esa fantasía. Al principio Conrad trató de echarse atrás, pero al fin hizo la pregunta.

-¿Por qué es ilegal tener un reloj?

Stacey lanzó el trozo de tiza de una mano a la otra.

-¿Es ilegal?

Conrad asintió.

-Hay un viejo anuncio en la comisaría que ofrece una recompensa de cien libras por cada reloj de pared o de pulsera que sea entregado allí. Lo vi ayer. El sargento dijo que todavía está en vigencia.

Stacey alzó las cejas burlonamente.

-Te ganarás un millón. ¿Has pensado entrar en el negocio?

Conrad no le hizo caso.

-Es ilegal tener una pistola porque uno puede disparar contra alguien. Pero ¿cómo es posible hacer daño a alguien con un reloj?

-¿No está claro? Puedes tomarle el tiempo, saber cuánto tarda en hacer algo.

-¿Y entonces?

-Entonces puedes obligarlo a que lo haga más rápido.

A los diecisiete años, llevado por un impulso repentino, Conrad se fabricó el primer reloj. El hecho de estar tan preocupado con respecto al tiempo le había dado ya una notable primacía sobre otros muchachos, compañeros de clase. Uno o dos eran más inteligentes, otros más concienzudos. pero la habilidad de Conrad para organizar los períodos de estudio y de ocio le permitía aprovechar al máximo su talento. Cuando los otros holgazaneaban aun alrededor de la estación de ferrocarril en el camino de vuelta, Conrad ya había estudiado la mitad de las lecciones, distribuyendo el tiempo de acuerdo con sus propias necesidades.

Librodot

En cuanto terminaba subía al cuarto de juegos del desván, ahora convertido en taller. Allí, en los viejos roperos y baúles, armó los primeros modelos experimentales: velas calibradas, toscos relojes de sol, relojes de arena, un elaborado artefacto de relojería de casi medio caballo de fuerza y que movía las manecillas cada vez más rápidamente en una parodia involuntaria de la obsesión de Conrad.

El primer reloj serio fabricado por Conrad fue un reloj de agua: un tanque goteaba lentamente, y un flotador de madera bajaba moviendo las manecillas. Simple pero preciso, contentó a Conrad durante varios meses mientras seguía buscando un verdadero mecanismo de relojería. Pronto descubrió que aunque había innumerables relojes de mesa, relojes de oro de bolsillo y medidores de tiempo de todo tipo herrumbrándose en tiendas de chatarra y en el fondo de los cajones de la mayoría de las casas, ninguno tenía adentro el mecanismo. El mecanismo, lo mismo que las manecillas y a veces los números, faltaba siempre. Los propios intentos de Conrad de fabricar un mecanismo de escape que regulara el movimiento de un motor de relojería, no dieron ningún resultado positivo; todo lo que había oído acerca de la marcha de los relojes confirmaba que eran instrumentos de precisión, de diseño y construcción exactos. Para satisfacer su secreta ambición -un marcador de tiempo portátil, si fuese posible un verdadero reloj de pulsera- tendría que encontrar uno que funcionase, en algún sitio.

Finalmente, de procedencia inesperada, le llegó un reloj. Una tarde en un cine, un viejo sentado al lado de Conrad tuvo un repentino ataque al corazón. Conrad y otros dos espectadores lo llevaron a la oficina del administrador. Mientras lo sostenía de un brazo, Conrad notó en la penumbra del pasillo un destello metálico debajo de la manga. Rápidamente palpó la muñeca, e identificó el inconfundible disco lenticular de un reloj de pulsera. Mientras se lo llevaba a su casa,-el tictac le pareció tan fuerte como las campanadas de un toque de difuntos. Lo apretaba en la mano, suponiendo que cada persona en la calle lo señalaría acusadoramente con el dedo, y que la Policía del Tiempo le caería encima y lo arrestaría.

En el desván lo sacó y lo examinó, conteniendo el aliento; cada vez que sentía que el padre se movía en el dormitorio de abajo, Conrad ahogaba el tictac ocultando el reloj bajo un almohadón. Al fin se dio cuenta de que el ruido era casi inaudible. El reloj se parecía al de la madre, aunque la esfera era amarilla y no roja. La caja estaba toda rayada y descascarada, pero la marcha del mecanismo parecía perfecta. Conrad levantó la tapa posterior, y durante horas miró el frenético mundo de ruedas y engranajes en miniatura, embelesado. Temiendo romperlo, le daba sólo la mitad de la cuerda, y lo guardaba cuidadosamente envuelto en algodón.

Al sacarle el reloj al dueño, Conrad no había estado en realidad motivado por el robo; su primer impulso había sido esconder el reloj antes que el médico lo descubriese al tomarle el pulso al hombre. Pero una vez que tuvo el reloj en su poder abandonó toda idea de seguirle la pista al dueño y devolvérselo.

Que otros usasen todavía relojes no lo sorprendió mucho. El reloj de agua le había demostrado que un medidor de tiempo regulado agregaba otra dimensión a la vida, organizaba las energías, daba a las innumerables actividades de la existencia cotidiana un modelo de significado. Conrad se pasaba horas en el desván mirando la pequeña esfera

Librodot

amarilla, observando la manecilla diminuta, que giraba lentamente, y el movimiento de la aguja horaria, que era imperceptible, una brújula que señalaba su propio paso a través del futuro. Sin el reloj Conrad sentía que le faltaba el timón, y flotaba a la deriva en un Limbo impreciso de acontecimientos intemporales. El padre comenzó a parecerle perezoso y estúpido, sentado por ahí sin tener la menor idea de cuándo iba a ocurrir algo.

Pronto estuvo usando el reloj todo el día, y se cosió al brazo una delgada manga de algodón, con un estrecho dobladillo que ocultaba la esfera. Tomaba el tiempo a todo: las clases, los partidos de fútbol, las comidas, las horas de luz y oscuridad, sueño y vigilia. Se divertía infinitamente desconcertando a los amigos con demostraciones de su sexto sentido personal, anticipándoles la frecuencia de los latidos del corazón, los noticiarios que se oían a cada hora en la radio, cocinando una serie de huevos de idéntica consistencia sin la ayuda de un medidor de tiempo.

Entonces se delató.

Stacey, más perspicaz que cualquiera de los otros, descubrió que Conrad usaba reloj. Conrad había notado que las clases de inglés de Stacey duraban exactamente cuarenta y cinco minutos, y se dejó arrastrar al hábito de ordenar la mesa un minuto antes que sonase el medidor de tiempo. Una o dos veces descubrió que Stacey lo miraba con curiosidad, pero no podía resistir la tentación de impresionarlo siendo siempre el primero en ir hacia la puerta.

Un día ya había apilado los libros y había guardado la pluma cuando Stacey le pidió a quemarropa que leyese el resumen del día. Conrad sabía que el medidor de tiempo sonaría en menos de diez segundos, y decidió callar y esperar a que la estampida habitual lo salvase del problema.

Stacey bajó del estrado y esperó pacientemente. Uno o dos muchachos se volvieron y miraron a Conrad (que contaba los segundos finales) frunciendo el ceño.

De pronto, perplejo, Conrad comprendió que el medidor de tiempo no había sonado esta vez. Aterrado, pensó primero que el reloj se le había roto, y apenas logró contenerse y no mirar debajo de la manga.

-¿Tienes prisa, Newman?-preguntó Stacey secamente. Caminó despacio entre las mesas hacia Conrad, con una sonrisa burlona. Desconcertado, la cara encendida, Conrad abrió torpemente el cuaderno de ejercicios y leyó el resumen. Unos pocos minutos más tarde, sin esperar a que sonase el medidor de tiempo, Stacey dio por terminada la clase.

-Newman -llamó-. Espera un momento.

Hizo como que buscaba algo en el escritorio mientras Conrad se acercaba.

Librodot

-¿Qué te pasó?-preguntó Stacey-. ¿Olvidaste darle cuerda al reloj esta mañana?

Conrad no dijo nada. Stacey tomó el medidor de tiempo, desconectó el silenciador y escuchó el zumbido intermitente.

-¿De dónde lo sacaste? ¿Lo tenían tus padres? No temas, la Policía del Tiempo fue disuelta hace años.

Conrad examinó cuidadosamente la cara de Stacey.

-Era de mi madre -mintió-. Lo encontré entre sus cosas.

Stacey alargó la mano y Conrad se quitó nerviosamente el reloj y se lo dio.

Stacey apartó el dobladillo de algodón y echó una breve mirada a la esfera amarilla.

-¿De tu madre, dices? Mm.

-¿Va a denunciarme?-preguntó Conrad.

-¿Para qué? ¿Para hacerle perder el tiempo a algún psiquiatra que ya tiene demasiado trabajo?

-¿No es ilegal usar reloj?

-Bueno, tú no eres precisamente la más grande amenaza a la seguridad pública.-Stacey echó a andar hacia la puerta, y le indicó a Conrad que lo acompañase. Le devolvió el reloj.-Olvida cualquier plan que tengas para el sábado a la tarde. Tú y yo vamos a hacer un viaje.

-¿A dónde?-preguntó Conrad.

-Al pasado-dijo Stacey alegremente-. A Cronópolis, la Ciudad del Tiempo.

Stacey había alquilado un coche, un enorme y destartalado mastodonte de cromo y aletas. Le hizo una seña animada a Conrad que lo esperaba delante de la biblioteca pública.

-Sube a la torre-gritó. Señaló la abultada cartera que Conrad había tirado en el asiento, entre los dos-. ¿Les echaste ya un vistazo?

Conrad asintió. Mientras doblaban saliendo de la plaza desierta, abrió la cartera y sacó un abultado manojo de mapas de ruta;

-Acabo de calcular que la ciudad cubre más de mil kilómetros cuadrados. Nunca me había dado cuenta de que era tan grande. ¿Dónde está toda la gente?

Stacey rió. Cruzaron la calle principal y entraron en una avenida bordeada de árboles y casas separadas. La mitad eran casas vacías, de ventanas rotas y techos derrumbados. Hasta las casas habitadas tenían un aspecto precario, con torres de agua sostenidas por armazones de fabricación casera amarrados a chimeneas, y montones de troncos tirados en los jardines delanteros, entre hierbas altas.

-Treinta millones de almas habitaron una vez la ciudad -señaló Shcey-. Hoy la población apenas pasa de los dos, y sigue bajando. Los que quedamos vivimos en lo que eran los suburbios apartados de otra época, de modo que la ciudad es ahora un enorme anillo de ocho kilómetros de ancho, y un centro muerto de sesenta o setenta kilómetros de diámetro.

Entraron y salieron por diversas calles laterales, pasaron por delante de una pequeña fábrica que todavía funcionaba aunque se suponía que el trabajo cesaba al mediodía, y finalmente tomaron por un bulevar largo y recto que los llevaba hacia el oeste. Conrad seguía el avance en sucesivos mapas. Se estaban acercando al borde del anillo que había descrito Stacey. En el mapa aparecía sobreimpreso en verde, de modo que el interior era una zona de un gris uniforme, una densa *terra incognita*

Dejaron atrás los últimos barrios comerciales, un puesto fronterizo de casas pobres con balcones y calles lúgubres atravesadas por macizos viaductos de acero. Stacey señaló uno mientras pasaban por debajo.

-Parte del elaborado sistema de ferrocarriles que hubo en otra época, una enorme red de estaciones y empalmes que transportaba quince millones de personas a una docena de terminales, todos los días.

Durante media hora avanzaron, Conrad encorvado contra la ventanilla, Stacey observándolo en el espejo retrovisor. Poco a poco el paisaje empezó a cambiar. Las casas eran más altas, de techos de color, las aceras tenían barandillas y torniquetes y semáforos para peatones. Habían llegado a los suburbios interiores, calles totalmente desiertas con supermercados de varios pisos, enormes cines y tiendas de ramos generales.

Conrad miraba en silencio, la barbilla apoyada en una mano. Como no había medios de transporte nunca se había arriesgado a entrar en la zona deshabitada de la ciudad; como los otros niños siempre iba en dirección opuesta, hacia el campo abierto. Aquí las calles habían muerto hacia veinte o treinta años; las vidrieras de las tiendas se habían desprendido, destrozándose en la calle; viejos letreros de neón, marcos de ventanas y cables altos colgaban desde todas las cornisas, derramando sobre el pavimento una maraña de trozos metálicos.

Stacey conducía lentamente, evitando de vez en cuando un ómnibus o un camión abandonado en medio de la calle, los neumáticos descascarados en los bordes.

Conrad extendía el cuello mirando las altas ventanas vacías, los callejones estrechos, pero en ningún momento tuvo una impresión de miedo o de expectación. Eran sólo calles abandonadas, tan poco atractivas como un cajón de basura medio vacío.

Un centro suburbano daba paso a otro, y a congestionadas zonas intermedias, largas y estrechas, como cinturones. La arquitectura cambiaba de carácter kilómetro a kilómetro; los edificios eran más grandes, bloques de diez a quince pisos, revestidos de azulejos verdes y amarillos, cubiertos de vidrio o cobre. Más que hacia el pasado de una ciudad fósil, como había esperado Conrad, avanzaban hacia el futuro.

Stacey llevó el coche a través de un nudo de calles laterales, hacia una carretera de seis pistas que se alzaba sobre pilares altos por encima de los techos. Encontraron una calle que ascendía en espiral, y subieron acelerando bruscamente, entrando en una de las desiertas pistas centrales.

Conrad estiraba el pescuezo y miraba. A lo lejos, a cuatro o cinco kilómetros de distancia, se erguían las

enormes siluetas rectilíneas de los bloques de viviendas, edificios de treinta o cuarenta pisos, ordenados en hileras aparentemente interminables, como gigantescos dominós.

-Estamos entrando en la zona principal de dormitorios -dijo Stacey. Los edificios se alzaban a ambos lados sobre la autopista, y la congestión era tal que algunos de ellos habían sido construidos contra las empalizadas de cemento.

Pocos minutos después pasaban entre los primeros bloques: millares de viviendas idénticas, balcones oblicuos que se recortaban contra el cielo, cortinas de aluminio que centelleaban al sol. Las casas y tiendas pequeñas de las afueras habían desaparecido. No quedaba sitio al nivel del suelo. En los huecos estrechos entre los edificios había pequeños jardines de cemento, complejos de tiendas, rampas que descendían a inmensas playas subterráneas de estacionamiento.

Y en todas partes había relojes. Conrad los notó en seguida, en las esquinas, las arcadas, en la parte superior de los edificios, en todas las posibles vías de acceso. La mayoría estaban demasiado lejos del suelo para ser alcanzados con otra cosa que una escalera de bomberos, y todavía tenían las manecillas. Todos marcaban la misma hora: 12:01.

Conrad miró su propio reloj de pulsera, y vio que eran exactamente las 2:45 de la tarde.

-Los movía un reloj patrón -dijo Stacey-. Cuando ese reloj se detuvo, todos los otros dejaron de andar en el mismo instante. Un minuto después de medianoche, hace treinta y siete años.

La tarde se había oscurecido; los altos acantilados tapaban el sol, y el cielo era una sucesión de estrechos espacios verticales que se abrían y cerraban en torno. Abajo, en el suelo del desfiladero, todo era lúgubre y opresivo, un desierto de cemento y cristal. La autopista se dividía y continuaba hacia el oeste. Luego de unos pocos kilómetros más los bloques de viviendas dieron paso a los primeros edificios de oficinas de la zona central. Esas construcciones eran todavía más altas, de sesenta o setenta pisos, unidas por rampas y terraplenes en espiral. La autopista se levantaba a veinte metros por encima del suelo, y sin embargo los primeros pisos de los bloques de oficinas estaban a esa misma altura, montados sobre soportes macizos, a horcajadas de los vestíbulos de paredes de vidrio, con ascensores y escaleras mecánicas. Las calles eran anchas pero poco características. Las aceras paralelas se fundían debajo de los edificios en una calzada continua de cemento. Aquí y allá había restos de kioscos de cigarrillos, escaleras herrumbradas que llevaban a restaurantes y a arcadas construidos sobre plataformas, a diez metros de altura.

Conrad, sin embargo, miraba sólo los relojes. Nunca había visto tantos, tan apretados en algunos sitios que se tapaban unos a otros. Tenían esferas de distintos colores: rojo, azul, amarillo, verde Muchos tenían cuatro o cinco manecillas. Aunque las manecillas principales se habían detenido a las doce y un minuto, las secundarias estaban en distintas posiciones, determinadas aparentemente por el color.

-¿Para qué eran las otras agujas? -preguntó Conrad-. ¿Y los distintos colores?

-Zonas de tiempo. De acuerdo con la categoría profesional y los turnos de consumo. Ten un poco de paciencia, ya casi hemos llegado.

Salieron de la autopista y doblaron por una rampa que los llevó al rincón noroeste de una plaza abierta, de ochocientos metros de largo por la mitad de ancho, atravesada en otra época por una cinta ininterrumpida de césped, cubierta ahora de hierbajos y plantas exuberantes. La plaza estaba vacía, un bloque repentino de espacio libre, limitado por altos acantilados de paredes de cristal que parecían sostener el cielo.

Stacey estacionó el coche, y él y Conrad bajaron y estiraron las piernas. Caminaron juntos atravesando el ancho pavimento hacia la cinta de vegetación. Mirando desde la plaza el paisaje que se alejaba, Conrad tuvo por primera vez verdadera conciencia de las enormes perspectivas de la ciudad, la maciza jungla geométrica de edificios.

Stacey puso un pie en la barandilla que rodeaba el césped y señaló hacia el otro extremo de la plaza, donde Conrad vio un grupo de edificios bajos de extraño estilo arquitectónico, siglo diecinueve vertical, manchados por la atmósfera y perforados por explosiones. Sin embargo, lo que le llamó de nuevo la atención fue la esfera de reloj metida en una alta torre de cemento inmediatamente detrás de los otros edificios. Nunca había visto un reloj más grande, tenía por lo menos treinta metros de diámetro, las inmensas agujas negras detenidas un minuto después de las doce. La esfera era blanca, la primera que habían encontrado de ese color, pero en las anchas plataformas semicirculares que sobresalían de la torre, bajo la esfera principal, había una docena de esferas más pequeñas, de no más de dnco metros de diámetro,

que abarcaban todos los colores del espectro. Cada una tenía cinco manecillas, las tres menores detenidas en distintas posiciones.

-Hace cincuenta años-explicó Stacey, señalando las ruinas debajo de la torre- ese grupo de edificios antiguos era una de las asambleas legislativas más grandes del mundo. -Stacey miró tranquilamente unos instantes, luego se volvió hacia Conrad.- ¿Te gusta el viaje?

Conrad asintió fervientemente.

-Es impresionante, sin duda. Las personas que vivieron aquí tuvieron que ser gigantes. Lo que me sorprende es que parece como si se hubieran ido ayer. ¿Por qué no regresamos nosotros aquí?

-Bueno, aparte del hecho de que somos demasiado pocos, no podríamos manejar todo esto. La ciudad era un organismo social de extraordinaria complejidad. Es difícil imaginar los problemas de las comunicaciones, por ejemplo, mirando esas fachadas vacías. La tragedia de la ciudad fue que en apariencia no había sino un modo de resolverlos.

- ¿Los resolvieron?

-Ah, si, ciertamente. Pero se dejaron a ellos mismos fuera de la ecuación. Sin embargo, piensa en los problemas. Transportar a quince millones de oficinistas a y desde el centro todos los días, ordenar una corriente infinita de coches, ómnibus, trenes, helicópteros, unir entre sí todas las oficinas, casi todos los escritorios con videófonos, todas las viviendas con televisión, radio, energía, agua, alimentar y entretener a esa enorme cantidad de gente, protegerla con servicios complementarios, policía, patrullas contra el fuego, unidades médicas... todo dependía de un factor.

Stacey blandió un puño hacia el reloj de la torre.

- ¡El tiempo! Sólo sincronizando cada actividad, cada paso hacia adelante o hacia atrás, cada comida, parada de ómnibus y llamada telefónica podía este organismo mantenerse. Como las células de tu cuerpo, que proliferan transformándose en cánceres mortales si se les permite crecer libremente, aquí cada individuo tenía que servir a las necesidades superiores de la ciudad; cualquier atasco podía ser fatal y provocar el caos. Tú y yo abrimos los grifos del agua a cualquier hora del día o de la noche, porque tenemos nuestras propias cisternas particulares, pero ¿qué ocurriría aquí si todo el mundo lavara los platos del desayuno dentro de los mismos diez minutos? Echaron a andar lentamente por la plaza hacia la torre del reloj.

-Hace cincuenta años, cuando la población era de solamente diez millones, podían tener en cuenta una capacidad máxima potencial, pero aun entonces una huelga en un servicio central paralizaba la mayoría de los restantes, los empleados tardaban dos o tres horas en llegar a las oficinas, y otro tanto en hacer cola para el almuerzo y volver a sus casas. A medida que aumentaba la población comenzó a ensayarse la posibilidad de distanciar los

distintos horarios; los trabajadores de ciertas áreas iniciaban el día una hora antes o después que los de otras. Los pases de tren y las matrículas de los coches eran de diferentes colores, según el caso, y les estaba prohibido viajar fuera de ciertos períodos. Pronto se extendió el sistema; uno sólo podía encender el lavarropas a una hora determinada, despachar una carta o darse un baño en un período específico.

-Parece factible -comentó Conrad, cada vez más interesado-. ¿Pero cómo lograban que eso se cumpliera?

-Mediante un sistema de pases de colores, dinero de colores, una elaborada serie de horarios publicada todos los días como los programas de televisión o de radio. Y, naturalmente, mediante todos los miles de relojes que ves alrededor. Las agujas secundarias señalaban la cantidad de minutos de que disponían para cierta actividad las gentes de determinada categoría, indicada por el color del reloj.

Stacey se interrumpió y señaló un reloj de esfera azul, en uno de los edificios que daban sobre la plaza.

-Digamos, por ejemplo, que un jefe de sección que sale de la oficina a la hora asignada, las doce, quiere almorzar, cambiar un libro en una biblioteca, comprar aspirinas, y llamar por teléfono a su mujer. Como para todos los jefes de sección, la zona de identidad de este hombre es azul. Mira la tarjeta de horarios de la semana, o busca las columnas de los horarios azules en el diario, y ve que su periodo de almuerzo para ese día es de 12:15 a 12:30. Le sobran quince minutos. Verifica entonces el horario de la biblioteca. Hoy el código de tiempo es 3, la tercera manecilla del reloj. Mira el reloj azul más cercano, y la tercera aguja señala y 37: tiene 23 minutos, tiempo de sobra, para llegar a la biblioteca. Echa a andar calle abajo, pero en la primera bocacalle se encuentra con que las luces son sólo rojas y verdes y no puede seguir. La zona ha sido destinada temporalmente para oficinistas mujeres no calificadas, luces rojas, y trabajadoras manuales, luces verdes.

-¿Qué ocurriría si el hombre ignorara las luces?-preguntó Conrad.

-Nada inmediatamente, pero todos los relojes azules de esa zona habrían vuelto a cero, y no lo atendería ninguna tienda, ni la biblioteca, a menos que él tuviese dinero rojo o verde y un juego de pases falsificados para la biblioteca. De cualquier manera para qué arriesgarse; las sanciones eran demasiado grandes y todo el sistema había sido creado para su propia conveniencia, y la de nadie más. Entonces, ya que no puede llegar a la biblioteca, decide ir a la farmacia. El código de tiempo para farmacias es el 5, la quinta manecilla, la más pequeña. La manecilla señala y 54 minutos: el hombre tiene seis minutos para buscar una farmacia y comprar lo que necesita. Luego observa que aún le quedan cinco minutos antes del almuerzo, y decide llamar por teléfono a su mujer. Repasa el código telefónico y ve que no han previsto ningún periodo para llamadas personales ese día... ni el siguiente. Tendrá que esperar hasta la noche para verla.

-¿Qué pasaría si llamara?

- No podría conseguir dinero en la caja de monedas, y aunque pudiera, su mujer, suponiendo que fuese una secretaria, estaría ese día en una zona de tiempo roja y no en la oficina de ella. de ahí la prohibición de llamadas telefónicas. Todo engranaba de modo perfecto. Tu programa de horarios te decía cuándo podías encender el televisor y cuándo había que apagarlo. Todos los aparatos eléctricos tenían fusibles, y si te salías de los periodos programados te encontrabas con una multa considerable y una factura de reparación. La posición económica del espectador determinaba obviamente la elección del programa, y viceversa, de manera que no había problemas de coacción. El programa diario enumeraba tus actividades permitidas: podías ir al peluquero, al cine, al banco, al bar, a horas determinadas, y si ibas tenías la seguridad de que te servirían rápida y eficientemente. Casi habían llegado al otro lado de la plaza. Frente a ellos, en la torre, estaba la enorme esfera de reloj, dominando una constelación de doce asistentes inmóviles.

-Había una docena de categorías socioeconómicas: azul para los gerentes y administradores, dorado para las clases profesionales, amarillo para los oficiales militares y los funcionarios del gobierno... a propósito, es raro que tus padres hayan tenido ese reloj de pulsera, ya que nadie en tu familia trabajó nunca para el gobierno... verde para los trabajadores manuales, etcétera. Pero, naturalmente, eso tenía sutiles subdivisiones. El jefe de sección de que te hablé salía de la oficina a las doce, pero un gerente general, con exactamente los mismos códigos de tiempo salía a las 11:45, tenía quince minutos más, encontraba... dignidad.

-¿Te imaginas qué clase de vida llevaban aquí, fuera de unos pocos, esos treinta millones de habitantes?

Conrad se encogió de hombros. Los relojes azules y amarillos, notó, superaban en número a todos los otros; evidentemente las oficinas principales del gobierno habían funcionado en la zona de la plaza.

-Muy organizada pero mejor que la vida que llevamos nosotros -contestó al fin, más interesado en lo que veía alrededor-. Me parece mejor disponer de teléfono una hora al día que no tenerlo jamás. Cuando algo escasea se lo reparte siempre en raciones, ¿no es así?

-Pero esta era una vida en la que escaseaba todo. ¿No te parece que más allá de ciertos limites ya no hay las calles despejadas antes del almuerzo apresurado de los oficinistas.

Conrad resoplo.

Stacey señaló la torre.

-Este era el Reloj Mayor, el que regulaba todos los otros. El Control Central de Tiempo, una especie de Ministerio del Tiempo, se fue apoderando poco a poco de los viejos edificios parlamentarios a medida que las funciones legislativas disminuían. En la práctica, los programadores eran los gobernantes absolutos de la ciudad.

Mientras Stacey habhba Conrad miró allá arriba la batería de relojes, detenidos irremediablemente en las 12:01. De algún modo parecía como si el Tiempo mismo estuviese en suspenso, y a su alrededor los enormes edificios de oficinas vacilaban en un espacio neutral entre el ayer y el mañana. Si uno pudiese al menos poner en marcha el reloj principal, quizá los mecanismos de la ciudad despertarían también volviendo a la vida, y unos dinámicos y bulliciosos millones la repoblarían de nuevo en un instante.

Echaron a andar hacia el coche. Conrad miraba por encima del hombro la esfera del reloj, los brazos gigantes en alto, señalando la hora silenciosa.

-¿Por qué se detuvo?-preguntó.

Stacey lo miró con curiosidad.

-¿No he sido bastante claro?

-¿Qué quiere decir?

Conrad apartó los ojos de las hileras de relojes que rodeaban la plaza, y miró a Stacey arrugando el ceño.

-Parece que aquí hay dignidad de sobra. Mire esos edificios; resistirán en pie mil años. Trate de compararlos con mi padre. De todos modos piense en la belleza del sistema pre‡is ‡-mo un reloj.

-No era otra cosa -comentó Stacey tercamente-. La vieja metáfora de la rueda del engranaje no fue nunca tan verdadera como aquí. Imprimían la suma total de tu existencia en las columnas del diario, y te la mandaban por correo una vez al mes desde el Ministerio del Tiempo.

Conrad miraba en alguna otra dirección, y Stacey continuó hablando en voz un poco más alta.

-Naturalmente, al fin hubo una rebelión. En la vida de las sociedades industriales no pasa más de un siglo sin que estalle una revolución y esas sucesivas revoluciones reciben el impulso de niveles sociales cada vez más altos. En el siglo dieciocho fue el proletariado urbano en el diecinueve las clases artesanas, en esta rebelión última el oficinista de cuello blanco, que vivía en el diminuto y así llamado apartamento moderno, sosteniendo mediante pirámides de créditos un sistema económico que le negaba toda libertad de decisión o de personalidad, que lo encadenaba a un millar de relojes... -Stacey se interrumpió.- ¿Qué pasa?

Conrad clavaba los ojos en una calle lateral. Vaciló, y luego preguntó como si no le interesara demasiado:

-¿Cómo funcionaban esos relojes? ¿Con electricidad?

-La mayoria. Unos pocos mecánicamente. ¿Por qué?

-Me preguntaba. .. cómo los mantendrían a todos en marcha.

Conrad se demoró detrás de Stacey, consultando la hora en el reloj de pulsera y echando una mirada hacia la izquierda. Había veinte o treinta relojes suspendidos en los edificios a lo largo de la calle lateral, exactamente iguales a todos los que habían visto esa tarde.

¡Excepto que uno de ellos funcionaba!

El reloj estaba montado en el centro de un pórtico de cristal negro, encima de la entrada de un edificio a mano derecha, a unos quince metros de distancia; tenía aproximadamente cincuenta centímetros de diámetro, y la esfera era de un azul descolorido. Las agujas de este reloj señalaban las 3:15, h hora correcta. Conrad casi le había mencionado a Stacey esta aparente coincidencia cuando de pronto vio que la aguja de los minutos saltaba de una marca a la siguiente. Sin duda alguien había vuelto a poner en marcha el reloj; aunque hubiese estado funcionando con una batería inagotable, no era posible que después de treinta y siete anos continuara señalando la hora con tanta exactitud.

Siguió caminando detrás de Stacey, que decía: -Cada revolución tiene un símbolo de opresión...

El reloj estaba casi fuera del alcance de la vista de Conrad. Iba a agacharse para atarse los cordones de un zapato cuando vio que la aguja de los minutos se sacudía hacia abajo, dejando levemente la horizontal.

Conrad siguió a Stacey hacia el coche, sin molestarse ya en escucharlo. Cuando estaban a unos diez metros, dio media vuelta y echó a correr cruzando rápidamente la calle rumbo al edificio más cercano.

-¡Newman!-oyó que Stacey le gritaba-. ¡Vuelve aquí!

Conrad llegó a la acera y corrió entre las enormes columnas de cemento que sostenían el edificio. Se detuvo un instante detrás del hueco de un ascensor, y vio que Stacey subía apresuradamente al coche. El motor tosió y rugió, y Conrad corrió otra vez por debajo del edificio hasta un pasadizo que llevaba de vuelta a la calle lateral. Allá atrás el coche se puso en marcha, tomó velocidad, y se oyó el golpe de una portezuela.

Cuando Conrad entró en la calle lateral, el coche apareció doblando la plaza, treinta metros detrás. Stacey se desvió de la calzada, subió bruscamente a la acera, y aceleró frenando y haciendo eses, tocando la bocina, tratando de amedrentar a Conrad. Conrad saltó a un lado, casi cayendo sobre la capota del coche, se lanzó a una escalera estrecha que llevaba al primer piso, y subió corriendo los escalones hasta un pequeño descanso que terminaba en unas puertas altas de vidrio. Del otro lado de esas puertas vio un balcón ancho que rodeaba el edificio. Una escalera de incendios zigzagueaba hacia el techo, interrumpiéndose en el quinto piso en una cafetería que se extendía sobre la calle hasta el edificio de oficinas de enfrente.

Los pasos de Stacey resonaban ahora allá abajo, en la acera. Las puertas de vidrio estaban cerradas con llave. Conrad arrancó un extintor de la pared, y tiró el pesado cilindro contra el centro de la puerta. El vidrio se desprendió y cayó en una cascada repentina, destrozándose en el suelo enlosado y salpicando los escalones. Conrad se metió por la abertura, salió al balcón y comenzó a trepar por la escalera de incendios. Había llegado al tercer piso cuando vio a Stacey allá abajo, estirando el cuello y mirando hacia arriba. Sosteniéndose con una y otra mano, Conrad subió los dos pisos siguientes, saltó sobre un torniquete metálico trabado y entró en el patio abierto de la cafetería. Las mesas y las sillas estaban volcadas, entre restos astillados de escritorios arrojados desde los pisos superiores.

Las puertas que daban al restaurante techado estaban abiertas, y en el suelo había un charco grande de agua. Conrad lo atravesó chapoteando, se acercó a una ventana, y apartando una vieja planta de plástico miró hacia la calle. Stacey, parecía, había abandonado h persecución.

Conrad cruzó el restaurante, saltó sobre el mostrador y salió por una ventana a la terraza abierta que se extendía sobre la calle. Más allá de la baranda vio la plaza, la línea doble de marcas de neumáticos que trazaban una curva y entraban en la calle.

Casi había cruzado hasta el balcón de enfrente cuando un disparo rugió en el aire. Hubo un tintineo agudo de vidrios que caían y el sonido de la explosión se alejó retumbando entre los desfiladeros vacíos.

Durante unos pocos segundos sintió pánico. Retrocedió alejándose de la peligrosa barandilla, los tímpanos entumecidos, la cabeza levantada, mirando las enormes masas rectangulares que se alzaban a los lados, las hileras interminables de ventanas como los ojos facetados de unos insectos gigantescos. De modo que Stacey había estado armado ¡quizá era miembro de la Policia del Tiempo!

Caminando a gatas, Conrad se escabulló por la terraza se deslizó entre los torniquetes y avanzó hacia una ventana entreabierta en el balcón.

Trepó por la abertura y se perdió rápidamente en el edificio.

Conrad se detuvo al fin en una oficina, en la esquina del sexto piso. Tenía la cafetería directamente debajo, y enfrente la escalera que había utilizado para subir.

Durante toda la tarde Stacey fue y vino por las calles adyacentes, unas veces moviéndose en silencio, con el motor apagado, otras pasando a toda velocidad. En dos ocasiones disparó al aire, deteniendo luego el coche y llamando a Conrad, las palabras perdidas entre los ecos que rodaban de una calle a otra. A menudo seguía el contorno de la acera, y daba vuelta bajo los edificios, como si esperase que Conrad brotara de pronto detrás de una escalera mecánica.

Por último pareció alejarse definitivamente, y Conrad volvió la atención al reloj del pórtico. El reloj había avanzado hasta las 6:45, casi exactamente la hora que señalaba su propio reloj. Conrad lo ajustó a esa hora, que consideró correcta, y luego se sentó a esperar a que apareciese la persona que había puesto en marcha el reloj. Los otros treinta o cuarenta relojes que veía alrededor continuaban inmóviles en las 12:01.

Durante cinco minutos dejó su puesto, tomó con la mano un poco de agua del charco de la cafetería, trató de olvidar que tenía hambre, y poco después de medianoche se durmió en un rincón detrás del escritorio.

Cuando despertó a ha mañana siguiente, el sol inundaba la oficina. Conrad se puso de pie y se sacudió el polvo, dio media vuelta y se encontró con un hombre pequeño y canoso que llevaba un remendado traje de lana y lo miraba con ojos penetrantes. En la curva del brazo apoyaba un arma grande, de cañón negro, los percutores amenazadoramente amartillados.

El hombre puso en el suelo una regla de acero con la que evidentemente había golpeado un armario, y esperó a que Conrad se repusiese.

-¿Qué haces aquí?-preguntó en seguida con voz enojada.

Conrad vio que en los bolsillos del hombre abultaban unos objetos angulosos que le estiraban hacia abajo los lados de la chaqueta.

-Yo... este... -Conrad buscó algo que decir. Por algún motivo estaba seguro de que este hombrecito era quien daba cuerda a los relojes. De pronto decidió que nada tenía que perder si confesaba la verdad y dijo abruptamente:- Vi el reloj funcionando. Allá abajo, a la izquierda. Quiero ayudarlo a usted a ponerlos otra vez en marcha.

El viejo lo miró astutamente. Tenía una cara vigilante de pájaro, y dos pliegues debajo de la barbilla, como un gallo.

-¿De qué manera?-preguntó.

Conrad replicó débilmente:

-Buscaría una llave en algún sitio.

El viejo frunció el ceño.

-¿Una llave? No serviría de mucho.

Parecía que estuviese tranquilizándose, poco a poco; sacudió los bolsillos y hubo un apagado sonido metálico.

No hablaron durante un rato. Al fin a Conrad se le ocurrió una idea, y descubrió la muñeca.

-Tengo un reloj-dijo-. Son las 7:45.

-A ver. -El viejo se adelantó, sacudió enérgicamente la muñeca de Conrad, examinó la estera amarilla.-Movado Supermatic -murmuró entre dientes-. Serie CTC.

-Dio un paso atrás, bajando la escopeta, como tratando de saber de una vez por todas quién era Conrad.-Muy bien -dijo al fin-. Veamos. Tal vez necesites un desayuno.

Salieron del edificio y echaron a andar rápidamente calle abajo.

-La gente viene aquí a veces-dijo el viejo-. Turistas y policías. Observé tu huida ayer, tuviste suerte de que no te mataran. -Caminaban haciendo eses por las calles vacias, el viejo delante esquivando columnas y escaleras, las manos rígidas a los lados, sosteniéndose los bolsillos. Conrad les echó una mirada de reojo y vio que estaban repletos de llaves, grandes y herrumbrosas, de distintas formas.

-Supongo que ese era el reloj de tu padre -comentó el viejo.

-De mi abuelo -corrigió Conrad. Recordó el discurso de Stacey, y agregó-: Lo mataron en la plaza.

.EI viejo arrugó el ceño comprensivamente, y durante un momento le sostuvo el brazo a Conrad.

Se detuvieron debajo de un edificio exactamente igual a todos los demás y que en otra época había sido un banco. El viejo miró con atención alrededor, observando las altas paredes de los acantilados. Luego caminó delante subiendo por una escalera mecánica detenida.

El viejo vivía en el segundo piso, detrás de un laberinto de rejas de acero y puertas de seguridad: un amplio taller, con un hornillo y una hamaca en el centro. Sobre treinta o cuarenta mesas en lo que antes había sido una sala de mecanografía, Conrad vio una enorme colección de relojes, todos en proceso de reparación. rodeados de estantes altos cargados de repuestos, en bandejas cuidadosamente rotuladas: escapes, trinquetes, ruedas dentadas, apenas reconocibles bajo la herrumbre.

El hombre llevó a Conrad hasta un gráfico que había en una pared, y señaló el total que aparecía junto a una columna de fechas.

-Mira esto. Hay ahora doscientos setenta y ocho funcionando continuamente. Me alegra de veras que hayas venido. Me lleva la mitad del tiempo tenerlos a todos con cuerda.

Le preparó un desayuno a Conrad y le contó algo de si mismo. Se llamaba Marshall. En una época había trabajado en el Control Central de Tiempo como programador, había sobrevivido a la rebelión y a la Policía del Tiempo, y diez años después había vuelto a la ciudad. Al principio de cada mes iba en bicicleta hasta uno de los pueblos de la periferia a cobrar la pensión y abastecerse. El resto del tiempo lo pasaba dando cuerda a un número cada vez mayor de relojes en funcionamiento y buscando otros que pudiese desarmar y reparar.

-En todos estos años la lluvia no les ha hecho ningún bien -explic6-, y con los eléctricos no se puede hacer nada.

Conrad caminó entre los escritorios, tocando con cautela los relojes desarmados, esparcidos alrededor como las células nerviosas de un inmenso e inimaginable robot. Se sentía excitado y al mismo tiempo curiosamente tranquilo, como un hombre que ha arriesgado toda su vida al movimiento de una rueda y está esperando que gire.

-¿Cómo sabe que todos marcan la misma hora? -le dijo a Marshall, pensando por qué la pregunta le parecería tan importante.

Marshall hizo un gesto, irritado.

-No puedo estar seguro, ¿pero qué importa? El reloj exacto no existe. Lo que más se le acerca es el reloj que se ha detenido. Aunque uno nunca sabe cuándo, dos veces al día es absolutamente exacto.

Conrad fue hasta la ventana, y señaló el enorme reloj, visible en un hueco entre los techos.

-Si pudiésemos ponerlo en marcha... De ese modo quizá funcionasen también todos los otros.

-Imposible. Dinamitaron el mecanismo. Sólo el martillo está intacto. De cualquier manera los circuitos eléctricos de esos relojes se arruinaron hace mucho. Seria necesario un ejército de ingenieros para repararlos.

Conrad asintió, y volvió a mirar el gráfico. Notó que Marshall parecía haberse extraviado a lo largo de los años: las fechas de finalización de los trabajos tenían un error de siete años y medio. Ociosamente, Conrad reflexionó acerca del significado de esa ironía, pero decidió no comentarle nada a Marshall.

Durante tres meses Conrad vivió con el viejo, siguiéndolo a pie cuando el otro hacia su ronda en bicicleta, llevando la escalera de mano y el maletín repleto de llaves con las que Marshall daba cuerda a los relojes, ayudándolo a desarmar los mecanismos recuperables y a trasladarlos de vuelta al taller. El día entero, y a veces la mitad de la noche, trabajaban juntos, corrigiendo los movimientos, poniendo otra vez en marcha los relojes, y devolviéndolos a los sitios originales.

Todo ese tiempo, sin embargo, la mente de Conrad no pensaba en otra cosa que el enorme reloj de la torre que dominaba la plaza. Una vez al día lograba escabullirse hasta los arruinados edificios del Tiempo. Como había dicho Marshall, ni el reloj ni sus doce satélites volverían a funcionar La caja del mecanismo parecía la sala de máquinas de un barco hundido, una maraña herrumbrada de rotores y volantes retorcidos por alguna explosión Todas las semanas Conrad subía la larga escalera hasta la última plataforma, a setenta metros de altura, y miraba a través del campanario las azoteas de los bloques de oficinas que se extendían hasta el horizonte. Los martillos descansaban contra las llaves en largas hileras, allá abajo. Una vez se le ocurrió patear una llave de los agudos, y una campanada sorda atravesó la plaza.

El sonido trajo extraños ecos a la mente de Conrad.

Lentamente comenzó a reparar el mecanismo del campanario, instaló nuevos circuitos eléctricos en los martillos y los sistemas de poleas, arrastrando cables hasta la cima de la torre, desarmando los tornos en la sala de máquinas y renovándoles los embragues.

El y Marshall nunca discutían las tareas del otro. Como animales que obedecen a un instinto, trabajaban incansablemente, no sabiendo muy bien por qué. Cuando Conrad le dijo un día al viejo que pensaba irse y continuar el trabajo en otro sector de la ciudad, Marshall estuvo de acuerdo inmediatamente, le dio todas las herramientas que le sobraban y se despidió de él

Seis meses más tarde, casi puntualmente, las campanadas del enorme reloj resonaron sobre los techos de la ciudad, dando las horas, las medias horas, los cuartos de hora, anunciando constantemente el paso del día A cincuenta kilómetros de distancia, en los pueblos suburbanos, la gente se detuvo en las calles y en las puertas de las casas, escuchando los ecos borrosos y fantasmagóricos que venían de los largos corredores de edificios en el

lejano horizonte, contando involuntariamente las pausadas secuencias finales que decían la hora Las personas mayores se susurraron unas a otras:

-Las cuatro, ¿o fueron las cinco? Han vuelto a poner en marcha el reloj Parece extraño luego de tantos años.

Y durante todo él día se detenían a escuchar los cuartos y las medias horas que les llegaban desde muchos kilómetros, una voz que salía de la infancia y les recordaba el mundo exacto del pasado. Comenzaron a ajustar los medidores de tiempo a las campanadas, y de noche, antes de dormir, escuchaban la larga cuenta de medianoche, y al despertar oían de nuevo los tañidos en el aire claro y tenue de la mañana.

Algunos fueron al cuartel de la policía y preguntaron si podían devolverles los relojes.

Luego de la sentencia, veinte años por el asesinato de Stacey y cinco por catorce delitos según las Leyes del Tiempo, llevaron a Newman a las celdas del sótano del tribunal. Había esperado la sentencia y cuando el juez lo invitó a hablar no hizo ningún comentario. Luego de aguardar el proceso todo un año, la tarde en la sala del tribunal no era más que una tregua momentánea.

No hizo ningún esfuerzo por defenderse de la acusación de haber matado a Stacey, en parte para proteger a Marshall, que podría así continuar su obra sin ser molestado, y en parte porque se sentía indirectamente responsable de la muerte del policía. El cuerpo de Stacey, con el cráneo fracturado por una caída de veinte o treinta pisos, había sido descubierto en el asiento trasero de su coche en un garaje subterráneo no lejos de la plaza. Presumiblemente Marshall había descubierto a Stacey merodeando por el lugar y se había encargado de él. Newman recordaba que un día Marshall había desaparecido del todo, y durante el resto de la semana había estado curiosamente irascible.

Al viejo lo había visto por última vez en los tres dias finales antes de la llegada de la policía. Todas las mañanas, cuando las campanadas retumbaban sobre la plaza, la figura diminuta caminaba ágilmente por la plaza hacia Newman saludando con la mano, mirando la torre, la cabeza descubierta, sin mostrar ningún temor.

Ahora Newman se enfrentaba con el problema de cómo inventar un reloj que seria para él como una carta de navegación durante los veinte años próximos. Sus temores crecieron cuando al día siguiente lo llevaron al bloque de celdas que albergaba a los presos de condenas largas: al pasar por delante de la celda para ver al superintendente, notó que la ventana daba a un pequeño pozo de ventilación. Se estrujó el cerebro mientras se cuadraba durante la homilía del superintendente, preguntándose cómo podría conservar la cordura. A menos que contase los segundos los 86.400 de cada día, no veía ninguna forma posible de precisar el tiempo.

Ya en la celda, se dejó caer flojamente en el camastro, demasiado cansado para desempaquetar las pocas cosas que le habían permitido traer. Una breve inspección le confirmó la inutilidad del pozo de ventilación. Un foco potente instalado allá arriba ocultaba

la luz del sol que se deslizaba a través de una reja de acero, a quince metros por encima de la celda.

Se tendió en la cama y examinó el cielo raso. En el centro había una lámpara empotrada; una segunda lámpara, sorprendentemente, parecía haber sido adaptada a la celda. Esta última estaba en la pared, a pocos centímetros por encima de su cabeza. Vio el cuenco protector de llnnC VPintiCinC~ centimPtrr c ~1P ~ 'imPtr~

Contento, tendido en la cama, la cabeza sobre una manta enrollada a los pies, Newman miraba el reloj. Parecía en perfecto estado, y las agujas avanzaban dando saltos rígidos de medio minuto. Durante una hora, luego que se hubo ido el guardián, lo observó sin interrupción, luego comenzó a ordenar la celda, echando miradas al reloj por encima del hombro cada pocos minutos, como para asegurarse de que todavía estaba allí, y aún funcionaba correctamente. Le divertía de veras la ironía de la situación, la inversión total de la justicia, aunque le costara veinte años de vida.

Dos semanas más tarde seguía riéndose de lo absurdo de toda la situación, cuando de pronto y por vez primera advirtió el sonido, el monótono y exasperante tictac.